

año siguiente, «con variantes sustanciales», en la Universidad de Colorado. De él procede el epígrafe que encabeza el presente trabajo: «El crítico no es un juez; es, o debe ser, un lector por vocación, un *amateur* pasado al profesionalismo de la lectura.» Y de este modo estudia la poética de Machado por comparación —afinidad o contraste—, con otros textos. De ello resulta un libro originalísimo donde los distintos modos y recursos de lo poético —materia y sustancia, ritmo, silencio, tono, espacio, tiempo, distancia, condensación—, son definidos y clarificados hasta la entrañable y misteriosa articulación entre experiencia y forma.

El año de 1971 fue también intenso. Las *Técnicas* se vendían «sorprendentemente bien» y él se entusiasmaba con sus primeros seminarios sobre teoría de la novela, con la dirección del grupo de estudios galdosianos de la Modern Language Association, y se animaba a profetizar que veinte años más tarde Galdós sería considerado sólo segundo de Cervantes.

En 1974 cambió Austin por Chicago «[...] pues aquel departamento está plagado de burocracia, pedagogía universitaria y seudolingüística»<sup>21</sup>. Al final de esta década aparecen varios libros suyos que son el resultado del trabajo de cátedra —que siempre consideró sumamente incitador—, y de aquellos seminarios de 1971 y de los años siguientes. Libros de larga elaboración, testimonian simultáneamente la intensificación de sus reflexiones teóricas y la culminación de su conocimiento de Galdós.

Nos referimos, concretamente, a *Psicologías del autor y lógicas del personaje* (1979) y *Espacio y novela* (1980). Cuenta Gullón, al comienzo del primero de estos libros que en diciembre de 1976, en el Seminario galdosiano de la Modern Language Association, asistió con sorpresa a un curioso debate sobre los personajes como individuos vivientes, de las figuras ficticias como seres reales y de la investigación como realidad. Resuelto a descubrir la causa de este fenómeno, decide encarar nuevamente las ficciones de Galdós en procura de lo que denomina «una gramática de la novela», que incluye tanto el texto como el contexto, el narrador, el protagonista y los antagonistas, el espacio y el tiempo, la novela del lector, la presencia autorial. Las constantes rereferencias a novelas anteriores y posteriores de varias literaturas, demuestran que subyace en sus análisis la idea de un «continuum» donde cada nueva creación da sentido y esclarece a la anterior. El marco teórico se ha ampliado y, a la vez, se ha precisado según se advierte en la extensa *Bibliografía* final que abarca la teoría de la novela —francesa, norteamericana, hispánica—, y direcciones metodológicas variadas: la teoría de los géneros, el estructuralismo, la semiología, el formalismo ruso, la crítica psicológica, la desconstrucción.

Casi simultáneamente trabajaba en otro libro de análoga densidad teórica que hubo de llamarse *Espacios novelescos* —así lo denominaba en una carta suya de 1979—, y que se publicó finalmente bajo el título de *Espacio y novela*, en 1980. «Ambos trabajos —decía refiriéndose también al anterior—, son parte de una hipotética teoría de la novela que empezando en la gramática, pudiera llevarnos hasta rincones lejanos de una exploración que acaso sea el cuento de nunca acabar.» Presentado explícita-

<sup>21</sup> *Ibid.*, Chicago, 8-5-1974.

mente como obra abierta, del mismo modo le pone punto final: «[...]nada concluye: simplemente, se interrumpe»<sup>22</sup>. Y ello es así dada la complejidad de los problemas abordados: conceptos de espacialidad, espacios simbólicos, variaciones de la espacialización, palabra y espacio, distancia. En aquel final señala aún otro componente inseparable del espacio: el tiempo. Ya había hablado de «espacios del tiempo», y ese es el tema que quedará pendiente.

La materia literaria ya no es exclusivamente la obra de Galdós, sino toda la literatura occidental: Cervantes, Henry James, Unamuno, Valle-Inclán, Gautier, Borges, Céline, Díaz Rodríguez, García Márquez, Koestler, Nabokov, Mann, Delibes, Carmen Martín-Gaité, Benet, Guelbenzu, Martín-Santos, Marechal, Lovecraft, Bianco, Bioy Casares, Cortázar.

Situar la narrativa española dentro de la occidental es un enfoque que también subyace en otro de sus trabajos enfocado sobre un autor contemporáneo cuya obra ofrece especial dificultad al lector y al crítico: el estudio preliminar a *Una tumba y otros relatos* (1982), de Juan Benet. Experiencia de lectura compartida, exploración en una intertextualidad que desafía a la competencia del lector es —pese a su brevedad—, uno de los mejores análisis de Gullón en esta etapa.

Entre tanto, tampoco había abandonado aquel tema central del modernismo y durante esos años intensos de Chicago procuró reunir —muchas veces con grandes dificultades—, los materiales para un proyecto mayor que le llevó bastante tiempo: elaborar una antología que diera cuenta cabal de aquel fenómeno desde el punto de vista de sus protagonistas. Así apareció *El modernismo visto por los modernistas* (1980), con una extensa introducción donde insistía en aquellos deslindes y afirmaciones expuestas en sus obras anteriores, e incluía una selección de textos de los propios modernistas que abarcaba manifiestos, testimonios sobre personas y obras e interrelaciones nacionales y puntos de vista cosmopolitas.

Simultáneamente había ido llevando otro libro, *La novela lírica*, que había interrumpido para concluir *Espacio y novela*, pero que pronto retomó.

Seguía con la enseñanza en Chicago, pues sentía que lo estimulaba y lo obligaba a sacudir la pereza, «sacudida que a mi edad es muy conveniente», solía decir. Lo cierto es que nunca se entregó a la pereza. En 1979 había estado en Puerto Rico, como lo hacía periódicamente, en viaje de estudios y conferencias. Al final de ese año dirigió un seminario sobre la novela hablada, y en 1981 participó de varias conmemoraciones del centenario de Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico, Texas, España. Su salud flaqueaba y debió someterse, en 1983, a una operación que no dio el resultado esperado: «[...] pero aún sigo en la brecha», aseguraba.

Tarde le llegó a Gullón el reconocimiento de sus compatriotas. El, que había recibido premios y distinciones importantes en los Estados Unidos y Puerto Rico, debió aguardar los años finales para que ocurriera algo análogo en su patria. En ese año de 1983 se le concedió el Premio Príncipe de Asturias y luego vendrían los demás.

En 1984 apareció, finalmente, *La novela lírica* tras cinco o seis años de elaboración. En su *Nota preliminar* sitúa este libro suyo en el contexto de su producción; «Aproxi-

<sup>22</sup> Ricardo Gullón, *Espacio y novela*, Barcelona, Antoni Bosch, 1980, p. IX y 141.

marse a la novela según sus formas y no según sus épocas o "generaciones" permite establecer entre las obras asociaciones iluminadoras. Puse el método a prueba en una serie de seminarios que dirigí en la Universidad de Chicago, examinando en ellos la novela epistolar, la novela hablada, la novela fantástica, la novela mítica, la novela fragmentada (que otros llaman espacial) y la novela lírica»<sup>23</sup>. De las dos primeras, agrega, escribió en sus introducciones a *La incógnita y Realidad*; a las otras les dedicaron sus tesis algunos de sus discípulos, y él decidió escribir sobre *La novela lírica*.

En los primeros capítulos revisa los rasgos predominantes de esta modalidad genérica desde los ángulos de la actitud del narrador, de las técnicas utilizadas y de la función exigida al lector. En los capítulos siguientes procura demostrar que, pese a que los teorizadores precedentes lo habían ignorado, en el mundo hispánico se han escrito novelas análogas a las de los creadores cimeros de esta tendencia: la novela modernista de José Martí y obras posteriores de Unamuno, Azorín, Pérez de Ayala, Miró, Jarnés, María Luisa Bombal, José María Arguedas, Ana María Matute. Un doble movimiento se percibe en este amplio recorrido: primero, la interrelación entre esta producción hispánica y sus equivalentes sincrónicos o diacrónicos en otras literaturas; segundo, un constante deslinde entre la *forma* novela lírica y otras formas colindantes. Si establecer aquella primera red de relaciones es de gran importancia porque rompe la insularidad con que suelen ser examinados los fenómenos literarios, la textura de la segunda ofrece la máxima riqueza de sugerencias teóricas. El camino hacia la teoría, como siempre en Gullón, se inicia en su experiencia y sensibilidad de lector en continuo perfeccionamiento.

La suma de aspectos técnicos considerados en este libro es enorme y destacan aquellos que se refieren a las oscilaciones entre lo real y lo irreal, la ambigüedad, el ritmo, la imagen y la sensación, los procesos de mitificación y simbolización, el tiempo y el espacio, las relaciones intertextuales.

Poco antes había promovido Gullón la edición de los dos volúmenes de *La novela lírica* (1983), a cargo del agudo investigador gallego Darío Villanueva, donde se incluían una serie de trabajos capitales sobre Azorín, Miró, Pérez de Ayala, Jarnés. Esta obra más la que acabamos de comentar del propio Gullón, establecieron, por primera vez, las bases suficientes para estudiar un tema poco explorado aún dentro del mundo hispánico.

## 4. Los últimos años

Durante sus últimos años Gullón permaneció durante más tiempo en España, salvo los trimestres en que enseñaba en Davis y los ocasionales viajes a otros lugares. En 1985, por ejemplo, hizo viajes a Jaca, Málaga, León, Oviedo, Santander, Sevilla, dictando cursos y conferencias sobre temas muy diversos.

<sup>23</sup> *Id.*, *La novela lírica*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 12.

Su actividad no decaía, pese a la creciente dificultad para leer. Buena parte de su tiempo lo dedicaba al proyecto y dirección de un *Diccionario de literatura española e hispanoamericana* para Alianza Editorial que lo obligaron a convocar a un número considerable de investigadores y a coordinar sus trabajos.

Su producción personal se concentró, sobre todo, en numerosos estudios preliminares y prólogos donde han quedado muchos esbozos de trabajos proyectados que no alcanzó a terminar. Mencionaremos algunos: su *Estudio preliminar a Poemas y cartas de amor de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí* (1986), nueva edición ampliada de una anterior hecho por La Torre en 1959; una *Introducción a Españoles de tres mundos*, de Juan Ramón Jiménez (1987), donde añade nuevos textos a otra edición suya de 1960; una *Introducción a Vida de Don Quijote y Sancho* (1987) de Unamuno, con especial referencia a sus problemas genéricos y de recepción.

Su figura pública crecía y el reconocimiento, tan demorado, llegaba ahora con celebridad: por ejemplo, la Medalla de Oro de Bellas Artes que consideró, como ya lo había hecho con el Premio Príncipe de Asturias, «[...] un acto de homenaje a la crítica literaria en general muy desasistida»<sup>24</sup>.

A comienzos de 1988 viajó a Tenerife para dictar un cursillo en el centenario de *Azul* de Rubén Darío, e intervino en otros simposios y homenajes al gran poeta, mientras se aprestaba para viajar a Davis para su último trimestre allí. Desgraciadamente, a las cuarenta y ocho horas de llegar sufrió un ataque cardíaco que lo obligó a pasar dos semanas en el hospital y a postergar su vuelta a Madrid hasta que se produjo una mejoría. Su estado de ánimo, sin embargo, era firme y esperanzado y pocos meses después se preparaba para asistir a las Jornadas Jarnesianas que se realizarían en Zaragoza entre el 27 y el 30 de septiembre de ese año.

Allí tuvimos la ocasión de recibir una lección ejemplar de lo que es la vocación de un hombre de letras. Sin duda se sabía condenado, ya que no había posibilidades de una nueva operación para el tumor en su nervio óptico ni para sus arterias obstruidas; sin embargo, su ánimo jovial no decaía, su memoria seguía siendo asombrosa y su entusiasmo y su generosidad, las mismas de siempre. Evocó en una exposición inolvidable los tiempos de su juventud madrileña, el magisterio de Jarnés, la camaradería con Ildelfonso Manuel Gil —quien presidía aquellas Jornadas—, y con vivacidad, ingenio, sentido del humor, compartía largas horas de tertulia y sobremesa.

Hacia finales de ese año seguía plenamente reintegrado a sus labores: conferencias, preparación de prólogos, trabajos del *Diccionario*, ordenación de sus archivos (fue por entonces cuando envió a Puerto Rico centenares de cartas).

En 1989 vuelve a viajar a la isla para recibir una de las máximas distinciones que otorga su gobierno y durante ese año y el siguiente estos reconocimientos se multiplican: doctorados honoris causa en universidades norteamericanas y en la de León, el nombramiento como hijo adoptivo de Santander y, finalmente, el ingreso en la Real Academia Española.

<sup>24</sup> Carta de Ricardo Gullón a Emilia de Zuleta, 19-1-1988.

Su *Discurso*, pronunciado el 22 de octubre de 1990 —contestó Francisco Ayala, viejo amigo reencontrado en Puerto Rico—, le dio ocasión de retomar aquella dirección central de sus trabajos, cuando iniciara aquel camino que desde la lectura avanzaba hacia la crítica: *Juan Ramón Jiménez: año de gracia de 1903*. Un enfoque aparentemente reducido a un sólo año en la biografía del poeta, pero extremadamente abierto a un contexto complejo y riquísimo: hechos históricos, revistas, música, cine, plástica, coincidencias y relaciones con otros escritores, perspectiva total de la obra del poeta en su sucesión y variación. Materiales del *Diario íntimo* del poeta, cartas y hasta la interpretación iconográfica de un retrato suyo hecho por Sorolla, precisamente en ese año de 1903, le sirven para este asedio ejemplar que contiene, además, una última lección de modestia y honestidad intelectual: «Se pensó alguna vez —y yo no estuve lejos de compartir tal pensamiento— que, para el examen crítico, el texto y sólo el texto contaba. No. No es bueno prescindir de datos que pueden contribuir a iluminarlo: si no conviene olvidar las obras con quienes dialoga tampoco estaría bien prescindir de las circunstancias de la escritura.»<sup>25</sup> Así cerraba un ciclo que del enfrentamiento con el texto aislado —con creciente pericia en el manejo de los instrumentos de análisis—, lo devolvía al universo integral de la obra.

Aun alcanzó a salir otro trabajo suyo *De lo vivo a lo pintado: símbolos en la poesía de Alberti*, para el número de noviembre-diciembre de *Cuadernos Hispanoamericanos*, donde estudia con detalle la simbología de *A la pintura*.

Cerraba 1990 agobiado por la correspondencia —había escrito más de cuatrocientas cartas, me decía en la última suya del 22 de diciembre—, con dificultades para trabajar, pero con buena memoria y de ella se valía. El *Discurso* me llegó a comienzos de marzo, en un sobre escrito de su puño y letras, cuyo matasellos lo databa el 2 de enero de 1991, pocos días antes de su muerte. No resulta difícil imaginarlo escribiendo aquel sobre, trajinando entre sus papeles, con su aire desgarrado —así se había autorretratado alguna vez—, desafiando el aire cortante de su Madrid, en una jornada activa, entusiasta y generosa, como todas las suyas, con la mente poblada de seres imaginarios y de amigos próximos y lejanos.

<sup>25</sup> Ricardo Gullón, *Juan Ramón Jiménez: año de gracia de 1903*, Madrid, Real Academia Española, 1990, p. 80.

## Emilia de Zuleta